



## 19

**El Evangelio de la Redención**

**D**amos un paso más en este camino en que tratamos de iluminar nuestra vida cristiana a través del **misterio de la bendición de Dios**. Esta bendición de Dios que nos ha hecho descubrir el **evangelio de la misericordia**, que nos introduce en el misterio de la Redención, al que vamos a dedicar varias meditaciones, hoy la primera con el título del **Evangelio de la Redención**.

Ciertamente, el cristianismo es la religión de la Redención, «*Abrid las puertas de par en par a Cristo. ¡No tengáis miedo!*» Nos decía el Papa Juan Pablo II. «*¡Abrid las puertas al Redentor del hombre!*» Este fue el gran anuncio de Juan Pablo II al comienzo de su pontificado: Cristo es el Redentor del hombre, nosotros somos los redimidos por Él, es el salvador de la humanidad.

El Papa Benedicto XVI nos recordaba en su primera Encíclica “*Deus caritas est*” (*Dios es Amor*) este gran misterio, el misterio que vincula a Dios, que es Amor, con el misterio de la salvación de la humanidad. Nos proponía el gran texto de la primera carta de san Juan donde se proclama el misterio de Dios Amor. Un Dios que es amor y redentor del hombre.

Veamos estas palabras del capítulo 4 de la primera carta de san Juan:

**Texto (1 Jn 4, 8-16)** \_\_\_\_\_

*«Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. Y hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él».*

Ciertamente, este es el gran misterio. ¿Cómo es Dios? Dios es Amor en sí mismo, Dios Trinidad de Personas. Dios es el misterio de tres Personas que aman y se aman. Pero no sólo eso, sino que para el apóstol y evangelista san Juan lo más asombroso y admirable es que ***Dios es amor al hombre, y ese amor al hombre se ha manifestado en que Dios Padre ha enviado a su Hijo para ser Salvador del mundo, para ser el Redentor de la humanidad.***

Esto significa que ante la situación de la humanidad después del pecado, Dios ha respondido con un amor inaudito, el amor que san Juan contempla en Cristo crucificado, con el costado abierto convertido en una fuente de sangre y agua para la humanidad pecadora necesitada de redención. El amor se ha manifestado en esto, en que Dios Padre ha enviado al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él, para que alcancemos la vida divina.

Ahora bien, para que esto sea posible ha tenido que hacerse el **camino de la redención**, del rescate del pecado, hay que sacar al hombre sumergido en el abismo del pecado. Por eso sigue diciendo san Juan: «***En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Dios nos ha amado primero y nos ha enviado a su Hijo como propiciación por nuestros pecados***». Es decir, nos ha enviado a su Hijo como redentor para salvarnos del pecado.

Y aquí viene el punto central: *«nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo como salvador del mundo»*. Es decir, el cristianismo es creer que el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, Persona divina, se ha encarnado en las entrañas virginales de María por obra y gracia del Espíritu Santo, se ha hecho hombre y nos ha salvado por su Cruz y Resurrección. *«Y hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en este amor de Dios»*. Aquí está la clave. En el misterio de la Redención está encerrado todo el amor que Dios nos ha mostrado, hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en este amor de Dios, este amor personalísimo de Dios, este amor infinito de Dios, este amor que da la vida por el hombre.

Vamos a ver ahora, en tres partes, un texto del Papa Juan Pablo II, el gran apóstol de la redención y de la misericordia. Sabemos que su primera Encíclica “*Redemptor hominis*” (“*El redentor del hombre*”), la dedicó especialmente a este tema de la redención desde Jesucristo, el redentor del hombre.

Pero vamos a ir primero a la Carta Apostólica “*Tertio millennio adveniente*”, (“*Mientras se aproxima el tercer milenio de la nueva era*”), con la cual el Papa Juan Pablo II marcaba las claves para preparar el gran Jubileo de la Encarnación del año 2000. En este texto el Papa hace una descripción de las claves del cristianismo. El cristianismo es la religión de la gloria, es la religión de la redención, es la religión del permanecer en la intimidad de Dios. Vamos a ir al número 7 de este documento, dedicado a la Redención, dividiéndolo en tres partes.

#### *Texto (TMA, 7)*

*«En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (Lc 15,1-7). Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la Encarnación del Verbo. Si Dios va en busca del hombre, creado a su imagen y semejanza, lo hace porque lo ama eternamente en el Verbo y en Cristo lo quiere elevar a la dignidad de hijo adoptivo. Por tanto Dios busca al hombre, que es su propiedad particular de un modo diverso de como lo es cada una de las otras criaturas. Es propiedad de Dios por una elección de amor: Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre».*

**Dios nos ama y por ello nos busca.** Y esta búsqueda nace del corazón del Padre, de lo íntimo de Dios. Es una búsqueda desde el principio de la historia de la salvación que tiene su culminación en la encarnación del Verbo, en la encarnación redentora del Hijo de Dios. Y si Dios busca al hombre, si nos busca a cada uno de nosotros, es porque nos ama eternamente en su Hijo, que se encarna para elevarnos a la dignidad de hijos de Dios. Y lo hace porque somos su propiedad particular de un modo único, porque nos ha elegido con amor. Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre Dios nos busca a ti y a mí, nos busca personalmente, nos busca a cada uno de nosotros porque nos ama con amor eterno. Y esta búsqueda nace del corazón de Dios. **La redención** tiene como clave para entenderla **el amor que hace buscar al que se ama.**

Continuamos con el texto de Juan Pablo II:

*«¿Por qué lo busca? Porque el hombre se ha alejado de Él, escondiéndose como Adán entre los árboles del paraíso terrestre (Gn 3,8-10). El hombre se ha dejado extraviar por el enemigo de Dios (Gn 3,13). Satanás lo ha engañado persuadiéndolo de ser él mismo Dios, y de poder conocer, como Dios, el bien y el mal, gobernando el mundo a su arbitrio sin tener que contar con la voluntad divina (Gn 3,5). Buscando al hombre a través del Hijo, Dios quiere inducirlo a abandonar los caminos del mal, en los que tiende a adentrarse cada vez más. «Hacerle abandonar» esos caminos quiere decir hacerle comprender que se halla en una vía equivocada; quiere decir derrotar el mal extendido por la historia humana. Derrotar el mal: esto es la Redención.*

En la primera parte del texto hemos visto que **Dios busca al hombre** porque lo ama. Pero hay un segundo motivo, que es **la situación en que se encuentra el hombre.**

El hombre está herido, el hombre se ha extraviado. Por eso, como buen pastor Dios nos busca; el Padre nos envía al Hijo, y buscando al hombre a través del Hijo, Dios Padre quiere inducirlo a abandonar los caminos del mal, esos caminos en los que el hombre se ha introducido seducido por la tentación de Satanás, del Enemigo. Y este hombre, que se ha metido en los caminos del mal, está en una vía equivocada en la que, muchas veces, el hombre se adentra cada vez más. Y Dios, lleno de amor por nosotros, trata de inducirnos a abandonar los caminos del mal.

**Inducir** ¿qué quiere decir? Que Dios nos respeta siempre, nunca nos va a forzar; por ello, va a tratar de convencernos de que tenemos que abandonar esos caminos. Pero no basta eso sólo, hay que hacer posible el poder abandonarlos. Hay que convencer al hombre de que abandone el mal y hacerlo posible, porque el hombre no puede abandonar el mal por sí mismo, no puede librarse del mal por sí mismo. **Derrotar el mal: esta es la obra de la redención.**

Y termina el texto del número 7 de la *Tertio millennio adveniente* de la siguiente manera:

*«La redención se realiza en el sacrificio de Cristo, gracias al cual el hombre rescata la deuda del pecado y es reconciliado con Dios. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, asumiendo un cuerpo y un alma en el seno de la Virgen, precisamente por esto: para hacer de sí el perfecto sacrificio redentor. La religión de la Encarnación es la religión de la Redención del mundo por el sacrificio de Cristo, que comprende la victoria sobre el mal, sobre el pecado y sobre la misma muerte. Cristo, aceptando la muerte en la cruz, manifiesta y da la vida al mismo tiempo porque resucita, no teniendo ya la muerte ningún poder sobre Él».*

Hemos escuchado la palabra clave, la religión de la encarnación, **el cristianismo es la religión de la redención.** La redención se realiza en el sacrificio de Cristo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para esto, para hacer de sí mismo el perfecto sacrificio redentor. **La religión de la encarnación es la religión de la redención del mundo por el sacrificio de Cristo,** sacrificio que implica la victoria sobre el mal, sobre el pecado y sobre la muerte.

Cristo aceptando la muerte en la cruz manifiesta y da la vida porque resucita. Y la muerte, el pecado, el mal ya no tiene ningún poder sobre Él. Y aquí está la afirmación decisiva, Dios ama al hombre y por eso lo busca, pero también lo busca por la situación que tiene el hombre que se ha dejado herir, se ha extraviado y necesita salir del mal. Necesita querer salir y que le abran el camino para salir del mal. Y aquí está la respuesta de Dios. Dios redime el mundo a través del sacrificio redentor de Cristo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para hacer de sí mismo el perfecto sacrificio redentor que salva a la humanidad. El cristianismo es la religión de la redención por **el sacrificio redentor de Cristo,** y ese sacrificio **vence el mal, el pecado, la muerte y los males del hombre.**

Vamos a dedicarle algunas meditaciones a profundizar este gran misterio. Nos quedamos con la gran afirmación que tenemos ahora: *para redimir hay que buscar al hombre, Dios se va a hacer cercano; y para salvar de ese mal Dios va a hacer el gran sacrificio de la cruz, que culmina en la resurrección.*

Terminamos esta primera parte con una frase de san Pablo, que resume de una forma admirable todo este misterio dándonos a conocer que **la redención es un misterio personal: Cristo es mi redentor, y yo necesito ser salvado, salvado por Cristo.**

Vemos lo que nos dice el apóstol san Pablo, en el primer capítulo de la Primera Carta a Timoteo:

**Texto (1 Tm 1, 15)** \_\_\_\_\_

*«Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo».*

Cada uno de nosotros tenemos que decir en primera persona lo que nos dice san Pablo. ¡Dilo tú también! Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores y el primero, la primera, soy yo.

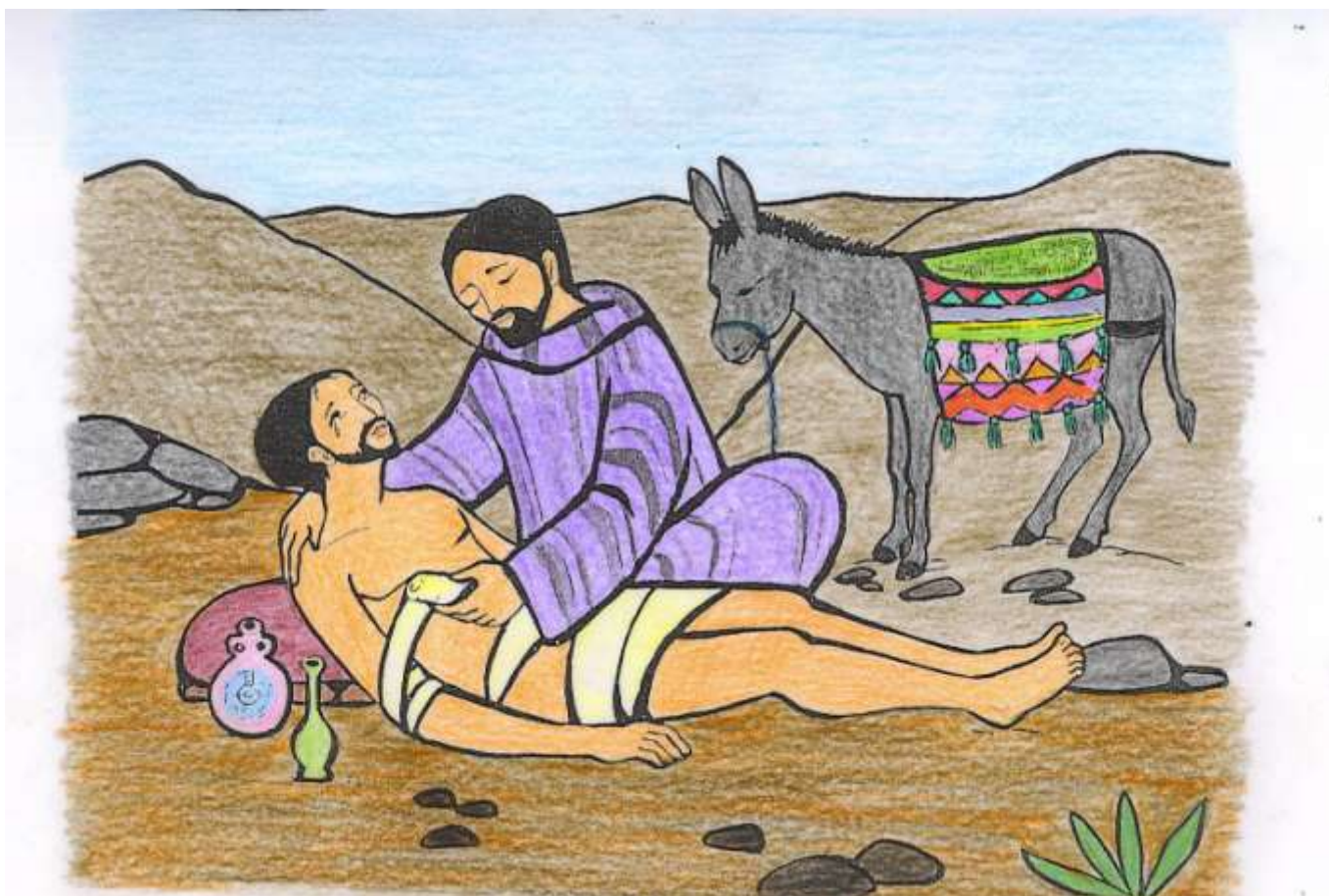
Jesucristo, Redentor del hombre, es la expresión del amor del Padre enviado para nuestra salvación. Y para anunciar este misterio de la Redención vamos a servirnos de una parábola del Señor, la parábola del buen samaritano.

Sabemos que alguien le preguntó al Señor qué tenía que hacer para heredar la vida eterna, el Señor le dijo: «¿Qué lees en la Ley?» Aquel hombre respondió: «Amarás a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, y al prójimo como a ti mismo». El Señor le dijo que había respondido bien, que hiciera eso y así viviría. Y él tratando de justificarse hizo a Jesús aquella pregunta: «¿Quién es mi prójimo?». Entonces es cuando el Señor lo explica con esta parábola:

**Texto (Lc 10, 29-37)**

*«Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos bandidos, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.” ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» El dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo.»»*

Parábola maravillosa. Qué enseñanza tan luminosa del Señor. Tantas cosas se podría decir de esta parábola. Nosotros vamos a abordarla desde una clave fundamental de ésta y de tantas otras parábolas, que es la **clave cristológica**, es decir, desde la luz que nos hace comprender cómo **Cristo habla de sí mismo en la parábola sin nombrarse**. Esta luz es decisiva para poder entender la parábola en toda su profundidad. Comenzamos por lo más claro.



El Señor en esta parábola nos resume la situación de la humanidad: el hombre caído en manos de los hombres, que ha sido herido en el camino de la vida, y a través de las circunstancias de la historia ha sido despojado, golpeado y ha quedado herido de muerte y tirado en el camino de la vida. Y entonces aparece el personaje clave en esta parábola, **el buen samaritano**, que es **signo de Cristo**.

Si lo pensamos bien, esta es la situación del hombre sin redención. ¿Qué hubiera sido de la humanidad si el Hijo de Dios no nos hubiera redimido? Porque esta era la situación del hombre antes de la redención: herido por el pecado y destinado a la muerte.

Sí, no sabemos hasta qué punto tenemos que agradecerle al Señor la Redención. ¿Cuál era nuestra situación sin Cristo? Era ésta: el hombre herido por el pecado, sufriente y abocado a la muerte; estaba sin salida. Es Cristo quien ha remediado esta situación: Él nos ha rescatado. ¿Y cómo lo ha hecho? Podríamos expresarlo así: **Jesucristo nos ha redimido con dos acciones distintas e inseparables, unidas y complementarias, representadas en dos personajes de la parábola**. Vamos a verlo.

La **primera acción redentora** es la más evidente, **visible en el buen samaritano**. Frente a algunos hombres –un sacerdote y un levita– que ven, dan un rodeo y pasan de largo, hay otro, un samaritano, imagen de **Cristo** mismo, que actúa de un modo muy distinto. Y ¿qué es lo que hace el samaritano? Ve, tiene compasión, se acerca, se agacha, cura las heridas, lo monta en su cabalgadura, es decir, lo echa sobre sus hombros de buen pastor y lo lleva a una posada, y allí manda que cuiden de él hasta que Él vuelva.

Esta historia nos narra el proceso de **la Encarnación**. Dios ha visto la situación del hombre. Dios ha mirado qué es lo que le sucede al hombre. El hombre pecador, herido, sufriente, mortal; el hombre tirado y caído en el camino de la vida, abocado a la muerte. Y al ver esto, ¿qué ha sucedido? Que a Dios se le han conmovido las entrañas, ha tenido compasión. Dios no se ha quedado con los brazos cruzados sino que ha tenido un movimiento de amor, ha querido remediar de manera eficaz nuestra situación acercándose adonde está el hombre. Y este acercamiento es el salto de la Encarnación.

Dios ha bajado del Cielo a la tierra para acercarse hasta donde está el hombre. Ha venido desde el Cielo para acercarse a cada uno de nosotros, buscándonos como buen pastor, como nos decía el texto de Juan Pablo II. Nos busca porque nos ama, y porque hemos sido alcanzados por el pecado, porque estamos heridos, porque estamos sumergidos en el mal.

Vamos a ver el pasaje de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza ardiente, en que el Señor nos habla de cómo vive Él esta situación del hombre caído y herido por el mal.

**Texto (Ex 3, 7-10)**

*«Dijo Dios a Moisés: he visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues Yo conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.»*

He **visto** la aflicción, he **escuchado** su clamor, **conozco** sus sufrimientos, el **clamor** de los israelitas ha **llegado hasta mí**. Dios nos habla de lo que Él vive, de su vivencia interna, nos habla de su intimidad, de lo que vive por dentro. Este es el gran misterio que está detrás de esta parábola del buen samaritano: la intimidad de Dios, el corazón de Dios que vibra con el hombre.

Como mostró a Moisés, el Señor nos enseña que la vida del hombre le afecta a Dios, le llega a Dios a lo más íntimo. Y nos enseña además que Dios no se queda sólo en una vivencia amorosa interior, sino que su amor se hace respuesta para redimir al hombre, para sacar al hombre de su situación de postración: su amor le mueve a obrar para rescatar al hombre del mal.

Pero entonces llega lo inaudito. En el capítulo tercero del Exodo, cuando revela su nombre: «*Yo soy el que soy*», Dios ve la situación del hombre y responde eligiendo y enviando a un hombre: «*Ve Moisés, que a través de ti curaré*». Ahora no es así: ahora en la Encarnación Dios mismo descende y se acerca a nosotros, Él mismo en persona, se acerca a cada uno de nosotros, a nuestra situación, adonde nosotros estamos y Él mismo hace la maravilla: se acerca, se agacha, venda, cura, besa nuestras heridas con aceite y vino.

En esta situación donde nosotros estamos postrados y heridos, un tremendo dolor para el Señor que se ha acercado a nosotros sería que no nos dejáramos curar por Él; bastante doloroso es para el Señor vernos sumergidos en el sufrimiento y en el pecado, como para que además le provoquemos otro nuevo dolor rechazándole e impidiéndole curarnos y sacarnos de nuestra situación.

En la Escritura el aceite es signo del Espíritu Santo, y el vino signo de la sangre de Cristo, de la vida que brota como un manantial de su Corazón abierto. Sí, el Señor ha venido a buscarnos, se ha agachado y montándonos sobre su propia cabalgadura, es decir, echándonos sobre sus hombros de buen pastor, nos ha llevado a una posada, esa posada que es la Iglesia, donde ciuda de nosotros hasta que Él vuelva.

En la parábola, el samaritano le dice al posadero: «*Cuida de él*». El Señor hoy a los cristianos nos dice: «*Cuida de él*», «*cuida de ella*», «*cuidad de los que yo os confío*». La Iglesia es ahora el lugar y el instrumento por medio del cual el Señor cuida de nosotros.

El texto termina diciendo: «*¿Quién te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?*». Jesús es el que se ha hecho prójimo, próximo, el que se ha aproximado a quienes estamos heridos y necesitados. ¿Quién es Dios? **Dios es el que se ha acercado**, el que ha descendido, el que ha venido a buscarnos porque nos ama. Dios ha saltado el abismo entre el Cielo y la tierra, se ha hecho hombre, como nosotros y por nosotros, para curar nuestras heridas, para hacernos salir del mal. **Dios es el que practica la misericordia con nosotros**. Y el Señor que lo hace así, nos convierte a nosotros también en instrumentos de su misericordia. «*¿Has visto lo que yo he hecho? Pues haz tú lo mismo*».

«*Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo*». Sí, Cristo ha venido al mundo a salvar a los pecadores, y esto tenemos que entenderlo de manera personal, «*Y el primero soy yo*». Cada uno de nosotros tenemos que verlo así: **Jesús es mi buen samaritano**. El que ha saltado el abismo del Cielo a la tierra para venir a buscarme. El que se ha acercado a mi vida, a curarme a mí, que estoy herido, tirado en el camino de la vida, abocado a la muerte. Estaríamos perdidos si Él no nos hubiera redimido. Gracias, Señor, por ser tan bueno con nosotros.

Descubrimos entonces que **el misterio de la Redención** significa que **el hombre es pecador, está herido y necesita ser redimido, está sumergido en el mal y no puede salir de ese mal por sí mismo, tiene que ser salvado**. Dios ha respondido a la situación del hombre con un amor infinito, un amor entrañable, un amor que le ha conmovido las entrañas; Él ha tenido compasión y desde lo más profundo de su intimidad le ha salido la respuesta de amor para salvarlo.

Dios se ha acercado y nos ha curado, sí. Pero ¿cómo lo ha hecho? Esta es otra pregunta fundamental. El Señor nos ha redimido porque estamos sumergidos en el mal. Pero ¿cómo nos ha curado? Atención porque aquí nos encontramos con una maravillosa sorpresa. En esta parábola Jesús no sólo alude a sí mismo en el personaje del buen samaritano. Si nos fijamos en la parábola y en el misterio de Cristo, descubrimos que **el Señor también nos habla de sí** en otro personaje. ¿En quién? **En el hombre despojado, apaleado, herido, tirado y caído al borde del camino**. Es la **segunda obra acción redentora** del Señor, **visible en el hombre caído en manos de los bandidos**. Sí, ¡no te extrañes! ¿Te sorprende la afirmación? Pues vamos a verlo. Leemos de nuevo el texto:

«*Un hombre cayó en manos de unos bandidos, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto*».

Miramos a Cristo en la Cruz. ¿Qué le sucedió al Señor en la Pasión? Le cogieron, le despojaron, le golpearon, le crucificaron y le mataron. Como se puede ver, prácticamente coincide con la descripción del hombre caído en manos de los bandidos.

**¿Cómo nos ha salvado el Señor? Haciendo suyas nuestras heridas.** ¿Cómo nos ha sacado el Señor del mal? **Poniéndose en nuestro lugar.** ¿Cómo nos ha redimido Cristo? **Haciéndose una sola cosa con nosotros, tomando sobre sí nuestras heridas,** haciéndose herido por nosotros y como nosotros. Hasta aquí ha llegado el amor de Dios por nosotros.

Vamos a ver un fragmento de la gran profecía de la pasión en Isaías 53:

Texto (Is 53, 2-5)

*«No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados.*

¡Impresionante! ¡Admirable! El hombre jamás pensó cosa igual. Este texto que acabamos de escuchar está en la liturgia del Viernes Santo como preparación para escuchar el gran Evangelio de la Pasión del Señor.

*«No tenía apariencia ni presencia; no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y no le tuvimos en cuenta».* Como nos dice la parábola: *«lo vieron y dieron un rodeo».* Al Señor que estuvo entre nosotros, no hemos sabido apreciar su valor ni su misterio.

*«Despreciado, deshecho de hombres, varón de dolores, sabor de dolencias».* Y ¿cuáles son esos dolores y esas dolencias? Eran nuestras dolencias las que Él llevaba, nuestros dolores los que Él soportaba, ha sido herido por nuestros pecados, triturado por nuestras culpas: ¡sus contusiones, sus llagas, **sus heridas nos han curado!** Esta es la profundidad del misterio de la Redención.

**¡La Redención del hombre le ha costado al Señor muy cara! Ha sido a precio de su propia vida,** ha sido a costa de derramar su propia sangre, ha sido a costa de hacer suyas nuestras heridas. ¿Cómo nos ha sacado el Señor del mal? ¿Cómo ha redimido el Señor la situación del hombre pecador, herido? Poniéndose en nuestro lugar, haciendo suya nuestra miseria, nuestra herida, nuestro sufrimiento, nuestro pecado, nuestra muerte. Y haciéndolo suyo lo ha redimido y lo ha salvado. Y tomando sobre sí la situación de todos los hombres y de toda la humanidad, Él se ha presentado ante el Padre, ha sido abrazado por el Padre y el Padre ha besado en Cristo nuestras heridas, ha curado en Él nuestras llagas, nuestros pecados, nuestras deudas. Ha curado nuestros sufrimientos, nuestro pecado, nuestra muerte.

Veamos ahora cómo en el capítulo segundo de la Carta a los Hebreos el autor sagrado nos describe este misterio redentor:

Texto (Heb 2, 9-10.16-18)

*«Vemos a Jesús coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos».*

Cristo ahora está glorioso, pero después de haber pasado por la cruz y la muerte. Y ahora el autor sagrado nos hace entender que convenía que fuera así:

*«Convenía en verdad que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación».*

Para guiarnos a la salvación el Hijo de Dios pasó por el sufrimiento, fue perfeccionado por el sufrimiento, tomó nuestros sufrimientos sobre sí. Y sigue diciendo el autor sagrado:

*«Porque, ciertamente, no se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser Sumo Sacerdote misericordioso y digno de fe en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados».*

Tenía que parecerse en todo a sus hermanos menos en el pecado. Porque tiende una mano, no a los ángeles, sino a nosotros que somos descendencia de Abraham y llevamos la herida del pecado y abocados a la muerte. Y el Señor Sumo Sacerdote, misericordioso y digno de fe, ha expiado nuestros pecados, tomando sobre sí nuestra miseria. Por eso ahora, vivo y glorioso, nos puede ayudar.

Este es el gran misterio. Dios ama al hombre y Dios Padre ha enviado a su Hijo para ser Salvador del mundo, lo ha enviado como buen samaritano que ha salvado al mundo haciéndose pecado por nosotros, haciéndose uno con nosotros. El amor de Dios ha llegado a la locura: haciéndose una sola carne con nosotros, nos ha redimido abrazando y tomando sobre sí nuestra miseria.

Es el misterio que anunciaba san Juan Bautista cuando decía: **«He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**. Porque Cristo es el **Cordero de Dios** que quita el pecado del mundo tomándolo y llevándolo sobre sí. El Buen Pastor ha salvado a las ovejas haciéndose cordero y siguiendo su misma suerte para abrir el camino de salvación. **El cristianismo es la religión de la Redención por el sacrificio redentor de Cristo.**



**Resumimos el Evangelio de la Redención.** Dios nos ama infinitamente, por eso nos ha creado, nos ha dado la vida y nos ama como parte de sí, como propiedad particular. Ante el pecado, ese amor de Dios se ha hecho más profundo, más grande, porque junto al amor eterno que nos tiene, está ahora la situación a la que nos ve postrados. El hombre está herido, sumergido en el mal. Y Dios nos vive porque tiene compasión; nuestra situación le afecta, le toca al corazón, le llega a las entrañas. Pero no se queda solo en vivirnos interiormente, sino que Dios afronta nuestra situación para remediarla. El Padre ha respondido enviando a su Hijo para ser nuestro Salvador. Y para salvarnos Dios ha tenido que saltar un doble abismo: el *del Cielo a la tierra*, y el *de la Santidad al pecado y sus consecuencias*.

Esto es lo que el Señor nos enseña a través de la parábola del buen samaritano. Hemos descubierto en ella un doble aspecto del misterio de la Redención. Por una parte, Jesús es el buen samaritano que viendo la situación del hombre, se ha acercado, ha venido hasta nosotros y se ha agachado para curarnos; lleno de amor y de cariño ha curado nuestras heridas.

Por otra parte, ¿cómo nos ha sacado de esta situación el Redentor buen samaritano? No nos ha sacado desde fuera, no nos ha librado simplemente con un acto externo. La manera como el Redentor hecho buen samaritano nos ha sacado de nuestra caída es sumergiéndose Él mismo en nuestro abismo, haciendo suya nuestra miseria, tomando sobre sí nuestra situación, abrazándola, compartiéndola, haciéndose solidario nuestro, haciéndose una sola cosa con nosotros, de modo que mi herida la ha hecho suya, mi caída, mi postración el Santo la ha abrazado y así nos ha sacado de nuestra situación el Buen Pastor. Tenemos que darle muchas gracias al Señor por su misericordia y redención.

**¡Alabado seas Señor Jesús, nuestro Redentor!**



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 10 de febrero de 2008*



## SUGERENCIAS PARA ORAR

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:*

### *Paso a paso ...*



#### *Invocación al Espíritu*

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



#### *Lectura del texto*

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



#### *Meditación*

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



#### *Oración*

Respondo al Señor, de corazón a corazón



#### *Compromiso*

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Quién es tu prójimo? ¿Qué te ha golpeado más en la parábola? ¿Con quién te identificas en el relato? ¿Qué piensas sobre la frase: «*Ser cristiano es no dar rodeos ante una necesidad*»?
- ✓ ¿Quiénes eran los dos personajes que no atienden al moribundo abandonado? ¿Por qué crees que no prestaron ayuda? ¿Por qué Jesús toma como ejemplo de bondad a un samaritano y no a un judío? La respuesta puede estar en 2 Crónicas 28, 15.
- ✓ ¿Has pensado alguna vez en Jesús como el Buen Samaritano? En tu vida ¿sientes la necesidad de la salvación? Recuerda cuánto ha hecho Jesús por ti.
- ✓ ¿Cuáles son las personas de mi entorno que más necesitan de mí y a quienes algunas veces he negado mi ayuda oportuna?
- ✓ Recuerdo la última vez que actué como el buen samaritano. ¿Con quién fue? ¿Qué hice? ¿Qué intereses y necesidades personales pasaron a segundo plano?
- ✓ La narración comienza cuando un doctor de la ley le pregunta a Jesús con ánimo de ponerle a prueba. ¿Qué pregunta hace Jesús al final de todo? ¿Qué relación tiene con la pregunta inicial? Piensa qué significa para ti: «*Amar a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente y al prójimo como a ti mismo*». Nos puede ayudar la cita de Santiago 2, 14.